

angostos entre la creación y funcionamiento de los servicios secretos en la Rusia soviética de Lenin y la etapa de la URSS de Stalin; el supuesto conocimiento que tendrían los servicios secretos soviéticos sobre el inminente golpe de Estado de julio de 1936; el premeditado retraso de Stalin en la toma de decisiones sobre España tras agosto de 1936, ya que disponía de amplias vías de información de sus servicios secretos; la primera misión que recibieron los servicios secretos fue no solo asesorar a los españoles para ganar la guerra, sino observar y proporcionar información a Moscú sobre las unidades y armas alemanas e italianas en pleno conflicto armado porque Stalin consideraba en 1936 que la gran guerra era inminente; o que el POUM salió beneficiado del asesinato de Nin, cuando lo que estaba previsto inicialmente era un proceso judicial al estilo moscovita, porque le otorgó una relevancia que no tenía de forma natural.

La obra no es finalista. Ni el autor lo pretende. Quedan aún innumerables fondos por desclasificar en este campo, empezando por el asesinato de Nin. Pero ello no le resta mérito a esta obra. Al contrario. Demuestra el gran valor de lo que ha conseguido y nos ha demostrado Volodarsky. Por fin, una obra seria y documentada.

Josep Puigsech Farràs
Universidad Autónoma de Barcelona

CUENCA TORIBIO, José Manuel: *La actualidad vista desde la historia*. Madrid, Actas, 2011.

Bajo el título de *Historia y actualidad* 4, y con el sello de «Actas Editorial», el profesor José Manuel Cuenca Toribio, decano de los catedráticos de Historia Moderna y Contemporánea, Premio Nacional de Historia y Periodismo, así como el primer decano de nuestra Facultad de Letras cordobesa, nos ofrece una de sus apasionantes entregas con las que desde su profunda

conciencia crítica de historiador nos viene desentrañando los diversos aspectos políticos y culturales acaecidos en la escena tanto nacional como internacional de estos últimos años. Se trata de una varia serie de artículos y reflexiones que, al hilo del devenir de los eventos de cada día, él ha venido explicitando en su indesmayable vocación periodística en diversos medios, pero iluminada siempre por la experiencia y la meditación de su fundamentado conocimiento del pasado. El hoy palpitante y cambiante es analizado bajo el foco de sus conocimientos del ayer, y así esta conciencia de nuestro pasado más remoto o próximo le sirve para valorar y dimensionar debidamente los acontecimientos del sucesivo presente.

Toda una viva lección de historiador, que se enfrenta a la siempre conflictiva actualidad desde una digna serenidad crítica, fecundada por un vasto conocimiento de la historia no solo española, sino general, y particularmente europea, y que nos sirve para iluminar e ilustrarnos debidamente el presente.

El libro se subdivide en tres amplios apartados que nos dan noticia de su reflexiva atención a todo aquello que el maestro Eugenio D'Ors calificaba de «palpitaciones de los tiempos»: I Internacional; II España. Historia y política, y III Cultura y sociedad.

Así pues los aspectos más sobresalientes y polémicos de la trayectoria europea y española de estas últimas décadas se reinterpretan y analizan con la justeza y desapasionamiento, lejos del tópico y de la manipulación, con la serena y comprensiva aceptación del pasado a que nos tiene acostumbrados nuestro veterano compañero de claustro.

Su enfrentamiento intelectual y crítico a todos estos aspectos de nuestro presente colectivo, desde ha ya muchos años, le lleva a manifestar, desde el mismo pórtico del libro, definiendo el bloque temporal al que se enfrenta, cómo «en efecto: el umbral del tercer milenio se caracteriza, prima

facie, como una retorta en la que se han constatado, de un lado y de modo irrefragable, las enseñanzas multiseculares acerca de la naturaleza del poder, la fugacidad de regímenes y comportamientos político-sociales y la fragilidad de las instituciones aparentemente más sólidas, y, de otro, la aceleración, más frenética aún que trepidante, del cambio social en las colectividades post-industriales».

El libro se abre con una serie de reflexiones de hondo calado sobre historia contemporánea de Gran Bretaña, en donde el acrisolado liberalismo intelectual del profesor Cuenca se recrea en la evocación de una historia nacional que en términos generales en su dilatada sucesión secular se nos puede ofrecer, con todos los defectos connaturales a toda empresa humana, casi como modélica o ejemplar, y que le lleva a confesar con una cierta delectación intelectual cómo «en materia de historia, es muy difícil darle lecciones a Inglaterra...».

Inglaterra y la política, Gran Bretaña y la guerra civil española, la historia de las diversas elecciones inglesas, o la historia de algún que otro casamiento regio le lleva al profesor Cuenca a una serie de densas meditaciones que se explayan a partir de enero de 1901, fecha en la que el mundo entero asiste al entierro de la reina-emperatriz Victoria (1837-1901), la egregia figura, abuela de Europa, emparentada con todas las dinastías reinantes, que resume toda la historia y el esplendor de ese fundamental siglo europeo que para las grandes naciones continentales fue el XIX, con su expansión colonial a todo lo ancho del globo.

Este magno acontecimiento luctuoso que se «convirtió en el mayor despliegue de testas coronadas conocido en la historia fue, sin duda, el reconocimiento al soberano que tan dilatada y fecundamente gobernara Gran Bretaña, pero también implicó un homenaje a la Europa que, liderada por su pueblo, había impregnado a sus naciones de idéntica sensación de plenitud y desarrollo con la que la Roma clásica permeó

a sus gentes en los primeros siglos de la era cristiana. La *Navy* había sustituido a las legiones romanas como instrumento del poder inglés a nivel mundial; y bastaba en no pocas ocasiones que dentro, pero sobre todo fuera del continente, “*showed the Navy*” para dirimir sin sangre los pleitos más arduos y los contenciosos más enconados».

Diversas figuras protagonistas de la historia del pasado siglo son analizadas en este libro con objetiva penetración por Cuenca Toribio, escapando de las cómodas trampas de los tópicos que desdibujan en sus netos perfiles muchas de estas efigies. Así, particularmente personal y acertada me parece la reivindicación del presidente Nixon (1913-1994), quien sentaría las bases de la conciliación con las grandes potencias rivales de la segunda mitad del siglo: «No obstante las muchas aristas de su perfil psicológico y moral y su muy escaso atractivo mediático, su presidencia se inscribe entre las más destacadas de la Norteamérica del siglo XX: logros como el acuerdo del SALT I, el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Washington y Pekín o el encauzamiento definitivo de la retirada estadounidense de Vietnam no se ofrecen, ciertamente, en muchas otras estadias novecentistas en la Casa Blanca».

Particularmente aguda es la interpretación o etopeya que nos traza de otra aún más compleja y ciertamente vidriosa figura de la política francesa, con «una andadura llena de recovecos, atajos, misterios y enigmas de toda suerte». «Pocas personas, en verdad, más dotadas que F. Mitterrand para el ejercicio de la política en su versión clásica o eterna: excitar voluntades, seducir espíritus, enmascarar la dura realidad con el lenguaje de los sueños. Si a ello se añade que el petainista transformado en radical y mutado, finalmente, en socialista poseía una cultura fastuosa en punto al conocimiento de la historia y la literatura de su país —no así de las extranjeras, en que era casi ignaro— se entenderá fácilmente la imantación» de su figura en tantos

españoles ilustrados. Aunque «su segundo septenado fue, ciertamente, decepcionante desde el ángulo de la moral más simple y la ética más elemental. (...) El final del principado mitterandiano, empedrado de escándalos y desengaños, concitó una crítica universal, sólo atenuada por la hipnosis que aún provocaba en muchos observadores, obnubilados por su virtuosismo dialéctico e inagotable registro oratorio».

Compleja y sutil es la interpretación del, a la vez «patriota y traidor» mariscal Pétain, «el héroe de Verdún», que consideró como un don de su férvido patriotismo su «inmolación» por Francia en la hora crucial de junio de 1940, con el desarbolamiento sin fisuras de la IV República y el caos apoderándose a marchas agigantadas del territorio aún no invadido del Hexágono». Se trata de una de las páginas más vergonzosas de la historia del admirado país vecino, y la más distorsionada por la historiografía chauvinista contemporánea, mientras Gran Bretaña en su isla quedaba sola bajo los bombardeos alemanes, alentada por la palabra austera y convincente de su Primer Ministro, defendiendo una democracia que, al fin y al cabo, y tal como hoy la entendemos no era sino un invento nacional suyo. (No olvidemos, a título de ejemplo más o menos anecdótico, pero plásticamente simbólico y significativo, que —frente a tanta retórica patriótica gala, que luego concienzudamente se aprestó a enmascarar la realidad—, el Ayuntamiento de París fue tomado por una columna de republicanos españoles, mayoritariamente castellanenses).

Otros aspectos de la realidad presente como la crisis de la Unión Europea, la complejidad y constancia de la política del antiguo imperio ruso, bajo el común denominador de «la defensa y expansión a ultranza de su territorio», o los problemas del mundo árabe y la posibilidad de un «Islam dialogante», desde «la rígida y eficaz batuta imperial británica que dirigió la mayor parte del territorio árabe tras el dominio turco», hasta la crisis de Suez y las terribles

fechas del 11-S y el 11-M, no escapan a la atención del articulista historiador, junto a las lecciones que pueden propiciarnos las enseñanzas de la Historia en Afganistán, ese territorio indómito y remoto que ni poderosos imperios como el ruso, el británico o el norteamericano pudieron domeñar.

Particularmente polémico para algunos puede resultar su reflexión sobre «El «Che» y el odio en la historia», figura tan admirada por la confortable progresía universitaria occidental del Mayo del 68, en su «lucha sin cuartel contra el capitalismo y los fundamentos del neoliberalismo.»

Esta primera sección del libro se cierra con una estremecedora reflexión sobre el pasado siglo XX, el más bárbaro y sangriento de toda la historia de la humanidad, a pesar de sus extraordinarios progresos científicos y tecnológicos, o quizá también, en parte, gracias a ellos, ya que el hombre ha logrado tener en su mano un poder destructor hasta entonces inimaginable. Junto a sus diez millones de muertos de la Gran Guerra y los sesenta millones de la segunda, «sus cien años constituyeron el periodo en el que más carne humana se putrefacto a la intemperie y en los universos concentracionarios (...); un siglo en el que «las guerras de exterminio de los Balcanes de finales del novecientos —el mismo lugar donde en su avance se atizó a ciencia y paciencia el incendio devastador de 1914— están muy cerca de la memoria colectiva para demostrarlo».

En esta misma línea sigue la reflexión de la segunda sección de la obra en la que encontramos acertadas etopeyas de figuras como Antonio Maura, en el centenario de su «Gobierno Largo», entre enero de 1907 y finales de octubre de 1909, uno, en efecto, de los más dilatados del régimen liberal y también uno de los más fecundos», o el septenato primorriverista con su eficaz modernización del país bajo la dictadura incruenta de Primo de Rivera, en esos «felices veinte» en los que «los españoles no acertaron a conciliar el progreso material

con el político y jurídico, legando, a la postre, una muy difícil herencia».

Particularmente objetivos y llenos de comprensión liberal son sus reflexiones sobre los sacrificados en ambos bandos del conflicto bélico civil, «pues, ciertamente, víctimas —maestros, curas, campesinos...— y verdugos —falangistas, milicianos, brigadistas, generales...— demandan de la historia una visión abarcadora de todos los factores que concurrieron en su destino, a fin de encontrar justicia por la posteridad».

Aunque «muchos curas y algunos preladados, acordes con el indeclinable mensaje evangélico, dejaron ir su voz censoria contra los asesinatos y venganzas de los franquistas», nos recuerda el historiador, éstas quedarían ahogadas en aquella especie de consagración de una sublevación militar que suponía su oficialista reconocimiento eclesial como «cruzada», no obstante «una considerable porción de la sociedad actual solicita y gusta de la penitencia eclesial por el silencio de curas y obispos durante un conflicto en el que el número de éstos sacrificados por su fe fue aterrador».

Particularmente interesantes son los artículos que Cuenca Toribio dedica a resaltar la validez y no desdeñable riqueza cultural de la España de la postguerra y de los años cincuenta, a pesar del luto, de la pobreza y aislamiento de aquellos sombríos años de penitencia. De siempre las fuerzas de la cultura han sido más inteligentes y sutiles que las zafias trampas de la censura. Y de hecho, toda la historia de la cultura, en general, con algunas breves excepciones, se ha señalado por la lucidez del creador y del artista por llevar a cabo sus obras a despecho de una autoridad coercitiva, que siempre mostrara escaso respeto por la libertad individual de los autores.

Ante la voluntarista determinación de borrar de un plumazo cerca de cuatro décadas de nuestro inmediato ayer, frente a quienes «recargan las tintas hasta la caricatura en la reconstrucción del oscuro existir de la España de su niñez y mocedad, —continúa Cuenca— ni siquiera el

comprensible orgullo por las conquistas generacionales justifica el encono o la deturpación del pasado. Sin empatía especial con el régimen, con obligada, resignada o pasiva obediencia al poder dictatorial, millones de españoles, con todas las circunstancias en contra, se afanaron con pulsión semiheroica, por materializar su proyecto de vida—docente, deportivo, religioso, empresarial, castrense, laboral...— y sumar enteros a la reconstrucción del país». Y de ello somos testigos vivos tantos jóvenes estudiantes nacidos en los cuarenta, perfectamente formados tanto en nuestro exigente bachillerato como en nuestros fecundos años universitarios bajo la dirección de excelentes y añorados maestros, que nunca se apartarán de nuestra agradecida memoria.

Con harta injusticia y nulo sentido de la realidad se llegó hasta a hablar de «páramo cultural», en la consideración crítica de aquellas décadas, que sin duda alguna alumbraron cimeras figuras de nuestras letras, como D'Ors, Cela, Delibes, Torrente Ballester, Cunqueiro, Josep Pía y tantos otros que ennoblecen nuestro contemporáneo parnaso. Ante semejante y sectaria incomprensión, «la figura más arraigada e insobornablemente liberal del citado periodo, Julián Marías, rompió mil lanzas en la vindicación de la salud roborante de no pocas manifestaciones literarias y artísticas de aquellos años», por lo que con todo derecho se pudo hablar en algún artículo digno de recuerdo de la nada desdeñable «vegetación» de aquel «páramo».

En la tercera sección del volumen, «Cultura, sociedad», el profesor Cuenca Toribio muestra su independiente y afinada sensibilidad como historiador y una objetividad por encima de toda suerte de sectarismos y parcialidades, en la interpretación de los últimos aspectos culturales de nuestra existencia colectiva, con gran preocupación por las humanidades y la concertación de las diversas expresiones lingüísticas peninsulares, en la noble línea de grandes maestros de su generación, como Pabón, Vicens

Vives, José María Jover o C. Seco, que llegaron a escribir tantas áureas páginas en el conocimiento de nuestro pasado.

Carlos Clementson
Universidad de Córdoba

OREJA AGUIRRE, M.: *Memoria y esperanza. Relatos de una vida*. Madrid: Esfera de los Libros, 2011.

Una extensa etapa de la política internacional española del siglo xx estuvo regida por ministros vascos. El último cronológicamente en una lista en conjunto sumamente estimable es el de nascencia madrileña pero linaje euskaldún por los cuatros costados Marcelino Oreja Aguirre, al que le correspondió el alto honor y la no menos difícil tarea de timonear su rumbo en los días inaugurales de la restauración de la democracia. Su gestión en la cumbre del Estado, como la de sus maestros y mentores, los bilbaínos Fernando María Castiella y José María Areilza, se insertó en el ancho surco de servicio a los intereses superiores de la nación en el que se alineó desde el nacimiento de esta una nutrida galería de gobernantes y hombres públicos del País Vasco, tan copiosa como capaz, hasta el extremo de hacer de ella una de las más numerosas y, desde luego, brillantes de las presentadas por la historia de la Administración hispana.

Y, sin embargo, diplomático de tan acendrada estirpe, no se encontró imantado en sus días juveniles por tan noble oficio. Fue el —por entonces...— no menos ilustre de la cátedra universitaria el que, según confesión de parte, le sedujo en su mocedad. Sería el consejo de su madre, tan decisivo en todo instante de su trayectoria, el que le decidiera, en la hora siempre difícil de las grandes opciones, a seguir finalmente la «*Carrière*». Habida cuenta de que las distinciones y los premios adquiridos por el talento y el esfuerzo escoltaron todo su *cursus honorum* burocrático y profesional,

no es nada extraño que su primer y crucial destino fuese el propio Palacio de Santa Cruz y en la misma Secretaría del flamante ministro Castiella, acenepista y antiguo amigo de su padre hasta su brutal asesinato en las secuelas de Revolución de Octubre de 1934, meses antes de venir al mundo el autor de las memorias apresuradamente aquí glosadas.

Su inmersión, pues, en el escenario por aquellas fechas principal de una política dictatorial, afanosa por lograr a toda costa su legitimidad ante los ojos de las democracias occidentales y, primordialmente, de la norteamericana, no pudo ser más oportuna y excitante. Como tantas otras veces ocurriera en la biografía pública del actual marqués de Oreja, tan preciado *kairós* se aprovechó hasta el límite de sus virtualidades, que fueron muchas... Su receta invariable en estos trances —trabajo ahincado, lealtad a personas y objetivos, visión de anteojos más que de lupa— se estrenaría en la empresa casi hercúlea acometida por su jefe y guía Castiella de reinstalar en el mundo de las libertades a un país cuyo pasado se identificaba en ancha medida con su patrocinio y salvaguarda. Esta gran aventura, en la que, virgilianamente, el joven diplomático, «*magna pars fuit*», se describe, con modestia y buen pulso narrativo, en un libro muy recatado en cuanto a las facetas íntimas y particulares de su redactor, con un hermetismo respecto a datos personales que bien pudiera decirse que nos hallamos ante unos recuerdos o una autobiografía fundamentalmente política; a la manera de un género muy cultivado, según es bien sabido, en la literatura británica, tan del gusto y apreciada por el autor, vasco al fin y al cabo y, por ende, encandilado por los ambientes ingleses.

Acabada su experiencia en el *sanc-ta sanctorum* de la diplomacia española con la salida de Castiella de él, la etapa postrera del tardo-franquismo asistió, al igual que en muchas otras vidas españolas predestinadas a ocupar puestos de relieve en la aurora democrática, a la entrega